



“Wonder Wheel”, la larga decadencia de Woody Allen

(*Wonder Wheel*, Woody Allen, 2017)

En Woody Allen se cumple la máxima: a grandes talentos longevos, largos periodos de decadencia. Se les ama tanto que se les perdona casi todo. Han escrito tan gloriosas páginas en la Historia del Cine, en este caso, que al crítico le cuesta hacer otra cosa que agradecerles que sigan haciendo películas, envejeciendo a nuestro lado, prolongando la memoria de nuestra vida haciéndonos sentir que forman parte de nuestro mundo. Existe mucho contrapeso en la balanza, se han ganado el respeto de los consagrados: son como esos ancianos venerables cuyos defectos les hacen singulares como seres humanos que son, defectuosos de marca, pero no se les adora por ser perfectos, sino por ser quienes fueron y seguir en la batalla, dando ejemplo de capacidad y amor al trabajo. Existe una deuda de gratitud hacia ellos, aun cuando aún no hemos escrito su panegírico, es decir, no hemos llegado a la cima del encumbramiento. En Woody Allen cada película reitera y se escribe en un universo propio, como si formaran parte de una misma balada: sus notas se alargan, se reiteran, se esconden y vuelven a asomarse, como si hubieran sido escritas a ritmo de jazz, en historias que parecen proyectarse las unas en las otras.

Podría decirse que *Wonder Wheel* es una película más del cineasta neoyorkino (*otra más de Woody*, nos estamos habituando a ésta frase), que desde hace mucho tiempo nos ha acostumbrado a una cita anual con su cine en las pantallas de todo el mundo, donde siempre se le espera; un ejemplo sin

precedentes, incontestable, impresionante. Woody Allen es de esos cineastas que hacen cine como respiran, porque cada año nos recuerdan que siguen vivos, hacer cine sigue siendo su razón de ser. Lo hacen con tan pasmosa naturalidad que todo en ellos es antinatural, obedeciendo más bien al

sello que los hizo grandes en un universo propio, fieles a esos trazos incombustibles de películas que pueden seguirse viendo cada año, privilegio de los clásicos. La película del 2017, *Wonder Wheel*, rezuma *woodyallenismo* por todos lados, es tan personal e intransferible como un cuadro de serie de Picasso y produce desazón, en fin, cierta ternura por comprobar lo larga que es la sombra de la decadencia, repitiendo hasta lo insaciable las viejas fórmulas, renovadas o no, de esa alquimia singular que les hacen diferentes. Siguen poblando de personajes su peculiar universo icónico, tan profundo que, como las galaxias, tienden a crecer hacia el infinito, reiterando las notas de una melodía inacabable. En fin, nadie puede negar a Woody su capacidad para crear un universo propio, donde orbitan como satélites todas sus películas, todos los personajes nacidos a su imagen y semejanza.

Los motivos extra-fílmicos

Sin embargo, en el estreno de *Wonder Wheel* hay un fenómeno extracine-matográfico que la hace diferente. Está condenada a ser vista de otra manera, por aquello de las coyunturas. En el año en que las mujeres de Hollywood han decidido iniciar una cruzada contra el acoso sexual y el machismo que impera en el mundo del cine, con los casos de Harvey Weinstein y Kevin Spacey como detonantes, muchos cineastas y hombres de cine veteranos, sin respeto a los consagrados, han visto someter a revisión sus biografías, bajo el prisma de sus comportamientos personales en relación a la mujer. Es verdad que algunos, como Pasolini, Polanski y Woody Allen, siempre estuvieron marcados o ensombrecidos por las sospechas y oscuros episodios del pasado, que sin duda ya mermaron su honor o su popularidad, al menos entre las mentes conservadoras y bien pensantes.

La situación actual, cuando comienzan a aflorar por centenares los casos, el problema trasciende mucho más allá de estos límites y el tema se ha convertido en una referencia histórica, un punto de inflexión, que muy bien pudiera ser el comienzo de una necesaria intolerancia contra los abusos de poder y las prácticas machistas generalizadas, diluyéndose las singularidades de cada caso o personaje. Parecía ya sepultado por el tiempo, pero vuelve hoy a salir a la luz lo sucedido en 1992, cuando Woody estaba casado con Mía Farrow, y las denuncias de ésta por los abusos de Allen sobre su hija adoptiva Dylan Farrow, de siete años; como ha vuelto a recordarse la relación sentimental pública del cineasta con Soon Yi, también hija adoptiva de Mía, situando al cineasta neoyorkino en la lista negra de las conductas repudiadas, pese a que la joven surcoreana se convirtió oficialmente en esposa de Woody Allen en el año 1997, relación estable que se mantiene en la actualidad.

Por lo demás, el universo femenino ha sido constantemente reflejado por Woody Allen en sus películas, muchas veces desde posiciones sublimadoras, de las que pueden extraerse ejemplos de comportamientos reiteradamente morbosos en relación a la mujer, pero no necesariamente de posiciones típicamente machistas: tal vez al contrario, el arquetipo de ese personaje eterno que está en el trasfondo de todos los personajes que Woody interpreta, se caracteriza por comportamientos obsesivos y paranoides en relación a la mujer, incluso próximos a la misoginia, con ciertos paralelismos fílmicos con sus obsesiones personales con adolescentes, abundando en sus películas las relaciones enfermizas de hombres mayores con mujeres mucho más jóvenes: todo un catálogo de relaciones sentimentales propias de una profunda represión sexual, de impotencia, tamizados por la fina ironía, el ingenio de quien

continuamente se ridiculiza a sí mismo, como si ésta actitud constituyera su única arma de defensa. En fin, por motivos extra-fílmicos, el cine de Woody Allen está en la encrucijada, o en el punto de mira, de los nuevos y cada vez más numerosos estudios de género en relación al cine.

La prensa se hizo eco de unas palabras de la actriz Kate Winslet, cuyos esfuerzos son notables por hacer creíble un personaje manifiestamente acartonado en *Wonder Wheel*, en relación a Woody Allen, al que tal vez para defenderle en medio de la polémica, llega a decir que, "en cierto modo, Woody Allen es una mujer". También podría haberle definido como un hombre anciano con la pólvora mojada, un anciano inadaptado, como el célebre pintor francés Jean Renoir, que se obsesionó en sus últimos años por pintar obsesivamente mujeres jóvenes desnudas. Una curiosa forma de expresar artísticamente los sentimientos de impotencia... El respeto a la trayectoria de un artista tampoco debe servirnos para poner velos sobre la realidad.



Wonder Wheel. El tema

El desencadenante esta vez es el retorno de una hija muy sexy, perseguida por la mafia, a la vida de un feriante alcoholizado y su insatisfecha esposa... El lugar y el tiempo: Coney Island, en la cautivadora década de los cincuenta. El pretexto narrativo: el relato de un apuesto salvavidas de la playa próxima al parque de atracciones (que ambiciona convertirse en escritor), que nos introduce en el mundo de un matrimonio compuesto por un feriante, Humpty (James

Belushi) y su esposa Ginny (Kate Winslet), quien trabaja como camarera, pero aún conserva viejos sueños de su etapa de juventud: como actriz sin suerte convertida, sin llegar a asimilarlo, en esposa aburrida y frustrada ama de casa.



Si el detonante del film es el regreso repentino de la joven y adorable Carolina, hija de Humpty, el desarrollo de la historia se centra en el efecto que ello produce en su esposa, Ginny, cuando la recién llegada comienza a enamorarse del apuesto amante secreto de la insatisfecha esposa, que le sirve de eje fundamental para seguir soportando su vida. Una rival inesperada, que trastoca un orden establecido sobre una relación triangular inconfesable, que transforma la película en una más de las que el cineasta neoyorkino hace girar en torno al retrato de una mujer, como eje concéntrico de esa noria, metáfora de la vida.



Como tantas otras veces, la historia que Woody Allen nos propone se inscribe en el ámbito de la comedia sentimental, pero con las características propias del apuntado universo *woodyalleniano*. Alguien que se enamora de alguien, alguien no puede vivir sin alguien, un triángulo clandestino, un juego vodevilésico de entradas y salidas,

encuentros y desencuentros, fidelidades e infidelidades, personajes focalizados desde una perspectiva única, al antojo del creador, que habla por la boca de todos. Lo cual es garantía, eso sí, de unos diálogos chispeantes, ya sea en la boca de un niño, de una joven, de un tipo bruto, de un escritor sin talento o de una anciana indefinida... el sello del cineasta pasa por que sus personajes compartan su ingenio, como tocados por la varita mágica de su talento para provocar situaciones sorprendentes y chistes verbales hábilmente encajados para poner burbujitas en los diálogos de la película.

La policromía esta vez la aportan los escenarios, y esa trágica sensación de que todos vamos de paso hacia alguna parte, condición del feriante, aun cuando se asiente en los recintos urbanos y festivos de los parques de atracciones.

La quimera y los sueños frustrados los capitaliza Ginny, el personaje arquetípico que Woody pone en escena, sobre el que los inmensos recursos de Kate Winslet consiguen una notable singularidad, componiendo un personaje inolvidable, carismático, perdedor, vulnerable, que empatiza cuando no conquista abiertamente al espectador. La magia de Woody Allen cuenta en la expresividad de Kate Winslet su mejor aliada, como una cómplice generosa de las carencias del personaje, con suficientes recursos para convertir éste en una extensión de sí misma.



Para soportar la vida, las borracheras de su marido y las dificultades para educar a su pequeño hijo en un ambiente poco edificante, Ginny se refugia en sus sueños frustrados, en un amor romántico con un hombre joven con ambiciones intelectuales, en los efectos de desinhibición del alcohol, y en las pocas sensaciones que propicia alentar la idea improbable de una huida, que consagra su tragedia.



Hay un trasfondo teatralmente clásico, una dramaturgia casi en clave de farsa -con una atmósfera dramática muy de teatro contemporáneo americano, al modo de Tennessee Williams o Eugene O'Neill- en esta nueva actualización de la Desiré de *Un tranvía llamado deseo*, que Woody Allen ya abordó, con más éxito, en *Blue Jasmine*. Pero que esta vez el intento resulta tragicómico, creando un personaje sin la grandilocuencia de sus referentes, pero que tampoco se conforma con diluirse en la mediocridad.



Todo es pequeño en esta película, incluso la ambición del cineasta, pero sin embargo el personaje de Kate Winslet se hace grande según progresa la película, gracias en gran parte a la interpretación de la actriz, que saca petróleo de un personaje bastante

lineal, con impostaciones previsibles y diálogos que forman parte del artificio. No hay en mi opinión, como se ha escrito, deconstrucción de tragedia alguna, sino más bien una tragicomedia más cercana a la parodia. Lo que muestra Woody Allen en esta enésima entrega de su mundo sórdido refugiado en la ironía y en la laceración de las ambiciones, es sobre todo entreguismo, un dejarse llevar como si el destino de todos los personajes estuviese previamente escrito en un guion que redunda en lo inalterable.



Un fatalismo que nunca llega a ser un verdadero drama, porque los personajes se regodean en sí mismos por obra y gracia del autor, de una manera que tiene algo que ver con un cierto narcisismo de su creador, que desarrolla una vez más esa asombrosa capacidad de ver su propia faz reflejada en las aguas de todos y cada uno de los personajes que asoman a la pantalla.

www.elpunterojo.es



Título original: *Wonder Wheel*

Año: 2017. Duración: 101 min.

Dirección: Woody Allen

Guion: Woody Allen

Fotografía: Vittorio Storaro

Reparto:

Kate Winslet, Justin Timberlake, Juno Temple, James Belushi, Max Casella, Michael Zegarski, Tony Sirico, Marko Caka, Jack Gore, Dominic Albano, Evin Cross, Debi Mazar, Brittini Schreiber, Geneva Carr, Steve Schirripa, Matthew Maher

Productora:

Gravier Productions / Amazon Studios

<https://www.filmaffinity.com/es/film712384.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5825380/>